



NARRATIVAS

EL TALISMAN

Begoña Delgado Charro

I. DEL PUEBLO Y SU GENTE

La verdad es que el sol era perfecto, y la luz se filtraba por entre los árboles; más allá el pueblo parecía muy nuestro, familiar, lleno de vida, esperabas que en cualquier momento la puerta se abriese y saliese un conocido, y hasta las noticias del periódico eran sabidas, pero estaba algo fuera de lugar, algo sobraba o faltaba, y por eso dijo:

—«No es así, es técnicamente perfecto y las tonalidades son exactas, mas existe algo en discordancia con el profundo sentir del conjunto».

Bueno, alguien lo habría dicho de esa forma, sin embargo él sólo dijo: —«No es así; es igual, pero no es así».

Porque no entendía de arte de ningún tipo, exceptuando el arte de vivir su vida en su lugar y su tiempo. Tenía fama de impertinente e inoportuno sin mala intención, para decirlo mejor había algo en él que molestaba a las personas y no era nada que dijese o hiciese sino sencillamente su simple forma de ser. Nadie habría podido citar sin embargo algún defecto especialmente odioso o alguna manía repelente en grado exagerado y las imperfecciones que se le reconocían eran de la categoría de las de sus vecinos. Estos sencillamente se justificaban diciendo que era insufrible y que resultaba imposible tratar de mantener una conversación lógica y tranquila con él. Se sentían extraños, ridículos y heridos en su dignidad aun cuando el tema sobre el que charlasen fuese totalmente trivial e inofensivo.

—«Hasta darle los buenos días resulta molesto»— solían decir.

Algunos se habían acostumbrado a esa sensación y mantenían con él discusiones o simples comentarios, por ello al amigo extraño no se le hacía tan difícil su situación, aunque sabía que mantener aquellas conversaciones con él era algo que se usaba para jactarse ante los demás:



—«Pues ...yo, yo he tenido conversación normal con el “vecino”»

Sin embargo, también aquellos fanfarrones notaban alguna inquietud al charlar con él, aunque el hecho de ser considerados superiores les compensaba el tragársela y simular tranquilidad e incluso confianza con el vecino.

Por eso su comentario al nuevo cuadro del pintor del pueblo se recibió como algo esperado, incluso el artista se sintió algo aliviado al ver la poca consistencia de la observación; tal vez temiese que de ser distinta o más técnica alguien le hubiese escuchado y reparado en alguno de los fallos de la obra, imperfecciones que por otra parte había introducido deliberadamente aunque con buena intención.

Se había dicho a sí mismo que nada malo habría en hacer que todo apareciese tal como la gente lo deseaba ver, era buen observador y diplomático y le fue fácil, con pequeños detalles, que la escena resultase al gusto de todos. Dada la sencillez de la obra y la simpleza de los anhelos de los vecinos el conjunto resultaba armonioso y real y todos se sintieron satisfechos al ver lo que siempre habían querido ver.

Así que cuando el vecino dijo aquello hubo risitas y murmullos ante tamaña tontería —«¡Por supuesto que era así!»— Y no le dieron más vueltas.

El pintor se pavoneaba entre el público comentando lo difícil de la tarea recomendada y lo bien que había sabido captar lo más característico de todos.

Los del público reconocían por su parte visiblemente halagados:

—«¡Oh sí! Realmente ha sabido plasmar en la obra lo más característico de mí»— Lo cual era por supuesto la virtud o rasgo que siempre habían anhelado o la ausencia del defecto que más rechazaban en ellos mismos y que intentaban ocultar a costa de lo que fuese.

Así pues, muy satisfechos, se volvieron a sus casas no sin antes escoger un lugar donde instalar el cuadro. El sitio escogido fue la fachada de la Casa Mayor aprovechando un lugar donde estaría resguardado de las inclemencias del tiempo pero a la vista de todos.

II. DEL ENVIADO Y SU MENSAJE

Poco-después de los hechos relatados llegó al lugar un enviado-jefe, el suceso constituyó todo un acontecimiento ya que pocos pueblos de la zona habían recibido a tan alto personaje en los últimos tiempos. Todos los pueblos que recibían un enviado directo del rey sufrían al poco un gran cambio y, en su simpleza, nuestros paisanos pensaban que fuera lo que fuera, si venía de la Corte sería algo estupendo que les haría ser recordados para siempre.

El enviado resultó ser un personaje decepcionante: cuando salió al balcón de la Casa Mayor vieron a un viejo sobriamente vestido y de grave semblante, ni espadas ni joyas ni cortejos brillantes con bailarines y músicos. Algunos se tranquilizaron pensando que tal vez fuese su indumentaria de viaje, y que tal como estaban los caminos y bosques lo más prudente era atravesarlos sin llamar la atención de los numerosos bandidos que los habitaban, aunque... ¿Por qué tan alto personaje habría de temer a unos bandidos?... Bien, tal vez fuese un sabio pacífico y no un sabio guerrero ¡Oh, sí! ¡Un sabio consejero real en su pueblo!

Otros advirtieron un extraño brillo en sus pupilas y una voz difícil de catalogar; demasiado fuerte para un anciano, demasiado tierna para un guerrero. Por ello pen-



saron que podía ser un general retirado tras muy duras batallas que se traía una nietecita huerfanita a la que cuidar. Sin embargo no aparecía la nietecita por ningún lado y desecharon la idea.

Uno tras otro formaban su opinión sobre el recién llegado y en la plaza se hizo una algarabía espantosa; como en un mercado en el que cada cual vendiese su propio parecer, con tal entusiasmo en las discusiones que se olvidaron del visitante.

Más que nada molesto porque desde el balcón no podía intervenir en las disputas, el alcalde habló. Impuso silencio ante la media sonrisa del visitante, el alborozo de los niños que disfrutaban al verlo tan pomposo y congestionado y la sonrisa inexpressiva del vecino que lo contemplaba todo sentado en la fuente del centro, balanceando sus piernas al compás de algún ritmo imaginario como si nada de aquello le importase lo más mínimo.

—¡Queridos vecinos! —La voz del anciano cautivó a los presentes. —Sólo unas palabras de agradecimiento a vuestra acogida y una pequeña explicación de mi visita antes de retirarse a descansar de las fatigas del camino. Sabido es que a nuestro amado rey le preocupa desde hace tiempo la penosa situación por la que atraviesa su reino...

—¡Vaya! —Esto es una gran noticia, por fin pondrán en práctica las medidas económicas necesarias...

—Sin duda se refiere a los bandidos. No habrá paz mientras sigan en los bosques...

—La moral de nuestros hijos deja bastante que desear pero no es como para que intervenga la Corte. Nuestro rey ama la virtud en demasía, hay que entender a los jóvenes...

...Y es ahora, que enterado de las grandes cualidades de este pueblo y sus gentes, tan fielmente recogidas en el cuadro de la Plaza Mayor, recurre a vosotros en busca de ayuda.

Aquello era demasiado, pasar a la historia así, de un momento a otro. Los vítores al rey, los ofrecimientos generosos llenaban la plaza, hasta hubo que atender a alguno en el botiquín municipal dado su estado de histerismo. Otros propusieron hacer el equipaje en el momento y salir juntos en caravana hacia la Corte, donde el rey, angustiado, sin duda les esperaba.

Rivalizaron en ofertas de poco corazón y mucha palabrería. De nuevo la voz del enviado-jefe se impuso en el griterío:

—¡Escuchad! El rey os envía un mensaje sellado y que abriré ahora mismo.

Con la ayuda bastante torpe del alcalde rompió los sellos, desenrolló el pergamino y leyó:

DEL REY A SU PUEBLO DE MAS ALLA DEL BOSQUE

¡AMADOS SUBDITOS!

ES PARA MI UN HONOR DIRIGIRME AL PUEBLO DEL «CUADRO DE LA CASA MAYOR», CUYAS VIRTUDES Y CUALIDADES SON FAMOSAS MAS ALLA DE LOS LIMITES DE NUESTRO REINO.

COMO PUEBLO QUE PARECE DEPOSITARIO DE LOS MAS ALTOS DONES DE TODOS LOS TIEMPOS SOIS SIN DUDA LOS INDICADOS PARA LLEVAR A BUEN TERMINO LA MISION QUE OS CONFIO.



EXISTE UN TALISMAN DE NATURALEZA DESCONOCIDA DEL QUE ME HABLARON MIS ANTEPASADOS. FABRICADO POR LOS ANTIGUOS QUE LE DOTARON DE VOLUNTAD PROPIA, SU USO DA. CONTAGIA A LAS PERSONAS, LAS VIRTUDES, DONES Y CUANTAS CUALIDADES PRECISEN. SOLO ALGUNOS DE NATURALEZA CERCANA A LA SUYA PODRAN ENCONTRARLO Y MANTENERLO CON ELLOS, DE LOS OTROS HUIRA.

PERDIDO HACE MUCHO, NI YO NI NINGUN CABALLERO DE LA CORTE HA PODIDO ENCONTRARLO. POR ELLO, CUANTO SÉ DE VOSOTROS POR EL FAMOSO CUADRO, ME LLEVA A PENSAR QUE EN CUANTO OS LANCEIS A SU BUSQUEDA LO ATRAEREIS. OS CONFIO PUES. LA MISION DE ENCONTRAR EL TALISMAN.

ESPERO ANSIOSO VUESTRAS NUEVAS Y PIDO QUE OS ACOMPAÑE CUANTA FUERZA, VALOR Y LUZ NECESITEIS EN ESTA AVENTURA DIFICIL Y TAL VEZ ARRIESGADA DE LA QUE SABREIS SALIR VICTORIOSOS. SIN MAS, AFECTUOSAMENTE
VUESTRO REY

El enviado-jefe calló, miró a los congregados, tal vez intentaba averiguar si habían entendido el mensaje. Era un poco difícil y estaba disfrazado de palabrería barata. Puede que no lo hubieran entendido, eran tan simples y sin embargo ese era el pueblo, su gente y su misión, nadie podría hacerlo por ellos... Sonrió levemente y tras observar las distintas actitudes ante el mensaje y avisar de que «Mañana sería otro día y ya verían lo que se hacía», se disponía a retirarse cuando se oyó una pregunta.

—Nosotros no somos los del cuadro y además el rey no podría retener el talismán puesto que él no lo ha encontrado. ¿Cómo pretendes engañarnos, o es otro juego de esos que nunca supe entender?

La pregunta no fue en tono impertinente, ni burlona, tampoco cínica, ni siquiera inteligente. Únicamente curiosa, simplemente expresaba lo que sentía el vecino que no entendía las caras de ira, sonrojo, vergüenza y hasta burla que aparecían en torno suyo.

El alcalde se apresuró a disculparlo, a rogar al enviado que no le hiciese caso. ¡Dios santo! ¡Qué situación más embarazosa y molesta!

El anciano, que ya estaba de espaldas, pareció crecer, como si se inflamase por un segundo, se dió la vuelta y miró sonriente y serio al vecino que aguardaba su respuesta y, como si menguase, contestó cansadamente: «Mañana será otro día».

El «vecino» pareció entenderlo y asintió, luego siguió balanceando sus pies y silbando una tonta canción, al menos eso fue lo que les pareció ver a los que estaban a su alrededor y que se sentían sumamente incómodos.

Cuando se retiró el anciano el alcalde inició un aplauso y todos se unieron. Deseaban olvidar al «vecino», su impertinencia, su descaro, su poca responsabilidad para con el pueblo y su historia (sinceramente esperaban que ningún periodista hubiese tomado nota del asunto).



III. DE LA AVENTURA

El día siguiente comenzó confuso, lleno de preparativos, rumores, muy pronto todos los vecinos estuvieron en la Plaza Mayor, pertrechados, equipados y con todo cuanto creían que pudiese ser útil en la misión. El conjunto resultaba algo extraño; no habían recibido ninguna orden ni aclaración relativa a lo que debían buscar, ni sobre cómo hacerlo así que algunos llevaban armas, otros instrumentos musicales, reliquias, herramientas diversas... y así cada uno, según le pareció.

Nuestro vecino parecía más extraño que nunca entre aquel montón de «bultos-persona», pues con sencilla indumentaria de viaje, sólo lo necesario, y con gran felicidad engullía con apetito un bollo recién salido del horno mientras le decía al panadero que estaba a su lado.

—«Bien, si nada nos han pedido que llevemos es porque no hará falta. Basta con nosotros que somos lo preciso y nuestra voluntad de hacer realidad aquello que necesitamos».

Un poco condescendiente le miró el panadero, la verdad no entendía tanta simpleza:

—«¿Y cómo haríamos el pan y los bollos? Y la costumbre sagrada de iniciar el día desayunando los bollos tiernos necesarios para mantenernos fuertes y dignos? ¿Te crees que llevo todo esto por gusto?» —Y miraba su panadería plegable con mini horno —que pesaba sus buenos kilos con expresión de héroe-martir-salvador-sacrificado.

—«¡No! Es por todos vosotros, para sobrevivir lúcidos y despiertos. ¡Oh! Bien sabes que si no fueran imprescindibles los bollos con sal verde esmeralda no cargaría con este peso...»

—«No lo lloves, no lo hagas por nosotros, no es preciso. Sobreviviremos sin la sal verde esmeralda, tal vez más débiles, pero saldremos igual adelante y de todas formas no necesitas para nada una panadería plegable con mini-horno, sólo conseguirás agotarte con tanto peso...»

Pero el panadero a pesar de su agobiante carga, se alejaba a toda prisa indignado y ofendido. — ¡Sin sal! ¡Pretendía vivir sin sal! Durante generaciones habían desayunado bollos con sal verde esmeralda y existían investigaciones que probaban sus virtudes a todos los niveles y ahora ese desvergonzado pretendía vivir sin sal. Menos mal que no eran todos tan irresponsables, por lo menos él no lo era y llevaría su panadería plegable con mini-horno. La misión necesitaba de todos y él aportaba lo suyo... por el bien de todos...

Algo semejante le ocurrió a nuestro vecino con el jardinero ahogado entre herramientas de labranza, con el profesor y su biblioteca, con el sastre que parecía una mercería ambulante... No lograba entender tanto enfado; se quejaban del peso y cuando les apuntaba la posibilidad de no llevarlo se ofendían y le llamaban irresponsable por no llevar nada. Sinceramente, pensaba él, lo preciso nunca pesaba y si algo pesaba es que no era necesario... No le dio más vueltas, se encogió de hombros y se unió al grupo que ya salía del pueblo junto con el anciano.

El pueblo quedó desierto, sin más moradores que algunos gatos que tomaban el sol panza arriba en la plaza mientras miraban el cuadro aquél tan famoso que a ellos no les decía nada y mientras se preguntaban qué extraño mosquito les podría haber picado a todos para marcharse así de un lugar tan apacible y lleno de ratones.



Resultaba todo un espectáculo la marcha de la caravana, bullicio, colores, como un mercado ambulante. La vida en ella resultaba tranquila, sin más pretensiones para ninguno en general que la de cumplir con la misión y participar en tan noble gesta. Aun así todo el asunto se les antojaba un poco extraño aunque no se atrevían a preguntar al anciano más que las cuestiones imprescindibles. Las respuestas de éste no eran nada aclaratorias, parecían preguntas, así que cada uno antes que reconocer que no las entendía hacía una respuesta con lo que él suponía que un jefe debía contestar.

Hasta el extraño vecino resultaba agradable pues en vez de molestar se dedicaba a husmear por todos los lugares por donde pasaban, disfrutaba mucho con el viaje y con los variados animales, plantas, personas con que se cruzaban continuamente. A veces, después de la cena cuando se hacían grupos para comentar las incidencias del día o de cualquier cosa, él se iba al grupo en que estuviese el anciano; a esa hora el enviado no estaba muy solicitado pues parecía aburrir a la mayoría con complicadas charlas que no sabían seguir. Sólo algunos parecían disfrutar de aquello, se limitaban a dar rienda suelta a su fantasía y crear personajes e historias. El enviado también disfrutaba con aquellos relatos y solía invitarlos a que los creasen espontáneamente con los ojos cerrados. —«Así —decía— sale lo más cierto de uno mismo».

Nuestro vecino la gozaba de veras con aquellos ratos. Sobre todo con los cuentos de sus paisanos, los suyos eran muy sosos, muy reales y no le gustaban tanto. Sencillamente era hermoso oír al chico aquel, que siempre había sido paradísimo, contar historias de personajes llenos de vida; se le llenaban los ojos de lágrimas que quería disimular achacándolas a una irritación por el polvo del camino.

También estaba la de la tienda, sus cuentos trataban siempre de madres e hijos, de amores locos y apasionados. Recuperaba al final del relato su tono de solterona agria y responsable y se le contraía la cara cuando acababa: «Claro que esto sólo ocurre en las novelas»— Aunque cada vez lo decía con menos convencimiento.

Y estaba el viejo profesor de la escuela, y él se proyectaba en mil y un personajes libres que eran lo que querían aunque no fuese lo más adecuado. Su rostro descansaba, como relajado y se llenaba de colores nuevos.

Con los días el camino se hizo más difícil y pronto vieron la imposibilidad de seguir con tanta carga. Algunos, el viejo profesor sus libros, la de la tienda sus reglamentos de comportamiento cívico-moral, se apresuraron a dejar tanto fardo. Sin embargo la mayoría permaneció aferrada a su imprescindible cargamento e incluso discutieron la posibilidad de que otros se lo ayudaran a llevar, dado que no podían con él ni podían dejarlo porque era necesario para encontrar el talismán.

—«Bien sabéis que no os pediría dejar lo vuestro y cargar lo mío si no fuese imprescindible, pero nadie viviría mucho tiempo sin sal verde esmeralda».

Y el jardinero, un tanto apenado, dejaba sus herramientas a un lado para cargar con la sal y con la panadería plegable con mini-horno; —¡Todo fuera por el bien de la misión!— Y siguió aunque con una pizca menos de ilusión, muchas noches había soñado cavar con su azada en una tierra negra y dura que escondía el talismán.

Otros cuantos cargaban con los faroles del farolero —«La luz», decían resignadamente—, y otros con telares e hilos —«Para tejer un buen destino»—

Los más sin embargo, conservaban lo que habían llevado cada uno como tesoro-herramienta-guía-reclamo para encontrar el talismán.



El ambiente, si bien agradable, ya no era de tanto optimismo y alegría, empezaron las dudas, las preguntas, los comentarios. Aun así su temor a plantear alguna objeción al enviado-jefe, el cual por otra parte no ejercía su función en absoluto, era demasiado. Sin embargo, al irse haciendo el camino más costoso el descontento aumentaba. De todas formas, nadie se quejaba del desorden de la marcha ni de la falta de proyectos sino de cuestiones casi domésticas y sin interés.

Los días pasaron y aquello comenzó a no tener ningún sentido, retrocedían un día lo que avanzaban otro y así hubieran seguido de no ser por el maestro carpintero que por fin planteó durante la cena la conveniencia de organizarse de una manera lógica para realizar la búsqueda del talismán.

Discutieron la propuesta bastante, el anciano les dejaba hablar y parecía crecer. Finalmente le pidieron su opinión y recobrando su aspecto cansado y menguado de casi siempre que le pedían permiso (aunque le llamaran consejo u opinión era permiso para la mayoría) contestó:

—«Vosotros soís, que no yo, los escritores de esta historia. Atrevéos a encontrar lo que sea; si tomáis la opción de buscar por vosotros mismos, os sorprenderá sin duda y superará cuanto hayáis podido imaginar»—

Algunos sintieron miedo de lo que podrían hallar si se liberaban del mando del anciano; sin duda era él quien sabía lo que buscaban y quien podría aconsejarles y ayudarles en caso de peligro. Otros tomaron la propuesta como casi una revolución y un desacato al rey. ¿Quiénes eran ellos para proponer algo así? Sin duda sólo intereses personales movían a los que con afán de quedarse con el talismán para sí mismos pretendían tamaña locura.

Otros entendieron las palabras del anciano como una invitación y se sintieron animados a buscar lo que pudiesen encontrar y que les podría sorprender tanto; además, así por lo bajo, estaban un poco hartos de buscar un rabaño. Algunos optaron por el riesgo más bien porque eran los oficialmente valientes dispuestos a todo por encontrar el talismán para el rey. Y otros porque eran, también según el cuadro, los rebeldes a cualquier autoridad aunque fuese la ausencia de la misma. También estaban los que decidieron la aventura sin saber por qué —¡Porque les salía de dentro!— decían. Entre éstos estaba nuestro vecino que declaró estar muy aburrido del juego aquel del talismán y que seguiría para disfrutar del viaje por aquellas tierras desconocidas que se le antojaban muy hermosas.

Sin hacerle ni pizca de caso, (mira que pensar únicamente en ser feliz y disfrutar cuando tales problemas se planteaban) se decidieron a dividirse en dos: Unos, los que quisieran, seguirían con el anciano y el resto en pequeños grupos, partirían a su voluntad y según su gusto a intentar encontrar el talismán por su cuenta. Al cabo de un año se reunirían y en caso de no haber encontrado el talismán tomarían nuevas medidas.

Así lo hicieron y deseándose suerte unos a otros se despidieron. El extraño vecino se unió a uno de los grupos que marchaban y que no encontró ninguna excusa para no aceptarlo.

IV. DE LO QUE OCURRIÓ CUANDO SE REUNIERON

Tras el invierno comenzaron a retornar los pequeños grupos y les fue fácil encontrar a los que estaban con el anciano; más o menos habían seguido dando vueltas



pero de una forma más ordenada, acorde con las fases de la Luna y según unos cálculos que habían establecido para saber el número de vueltas más propicio en cada época del año para encontrar el talismán. Si bien no lo habían encontrado, la labor de investigación sobre el mismo estaba muy avanzada y esperaban en cuestión de poco tiempo poder formular una teoría sobre su naturaleza y a partir de ésta averiguar qué cualidades necesitaba reunir una persona para atraer al talismán. Habían surgido varias escuelas que propugnaban distintas teorías y por tanto, mientras no existiese un acuerdo entre todas ellas, el asunto estaba difícil. Enfrascadas en su labor de búsqueda de la verdad sobre el talismán no habían tenido mucho tiempo para nada más, ni siquiera para buscarlo en los lugares por los que habían pasado y que habían sido si no muchos, por aquello de las vueltas, bastante variados.

En cuanto a los otros, algunos volvían animados, seguros de haber encontrado el talismán o en su defecto pistas claras que les llevarían al mismo. El problema ahora era decidir cuál de los talismanes encontrados era el verdadero y propusieron un debate sobre el asunto en el que cada cual defendiese lo que había encontrado. Aquello prometía ser un debate muy animado y lo fijaron para el día siguiente para que todos tuvieran tiempo de preparar la defensa del suyo frente a la falsedad de los otros. Tan entusiasmados estaban con la idea del debate que casi no prestaron caso a los que llegaron luego con nuevos talismanes.

Otros volvían abatidos, fracasados, no sólo no habían encontrado nada sino que habían perdido su imagen lograda tras muchos años de esfuerzo. Lo que les había ocurrido en su aventura resultó ser demasiado grande para ellos, por lo que fuera no habían dado de sí lo que esperaban dar y no habían estado a la altura de las circunstancias; se sentían culpables, avergonzados, todos sabrían ahora cómo eran en realidad. Deseando olvidarse de ellos en cuanto antes y que la atención se centrara en otros apoyaron el debate con entusiasmo.

También hubo quien regresó sin el talismán pero contento; habían visto y conocido muchas ciudades, personas, lugares extraños, tampoco ellos habían resultado ser efectivos en la búsqueda pero es que habían resultado de otra forma y se sentían cómodos. Al fin y al cabo, no era culpa suya que el talismán no se sintiese atraído por ellos. ¡A saber los gustos de un talismán!

El vecino dijo que lo había pasado muy bien y que estaba bien tomarse unas vacaciones así de vez en cuando sin ninguna obligación ni nada que hacer más que vivir al momento.

El anciano escuchó a todos con mucho interés, agradeció sus esfuerzos, les deseó mucha suerte y subió al caballo como para marcharse tan discretamente como había venido. Entonces le preguntaron:

—«¿A dónde vamos?»—

Se hubiera podido cortar el silencio y esta vez no era un silencio incómodo, era por primera vez en mucho tiempo un silencio común a una pregunta de todos, y quién sabe por qué se sentían como niños perdidos mientras esperaban una respuesta que no tardó y que temían demasiado:

—«Pensé que a estas alturas ya lo sabríais».

Se quedaron petrificados, les parecía un engaño demasiado cruel para ser verdad, durante un rato bastante largo siguieron mirando el camino por el que se había ido el anciano, esperaban que volviera...



Por su parte el anciano sabía bien de la dura batalla que sobre todo en alguno de ellos se estaba librando: eran muchos años viviendo con todo pensado, demasiado perfectos para ser verdad, demasiado perfectos para ser felices. Tal vez este último bofetón les espabilase. Eran agotadores y se sentía muy cansado. Y ya era hora de que caminaran solitos.

El vecino extraño paseaba por entre los bultos, la panadería plegable con mini-horno aparecía oxidada en el carro del señor herrero, el único carro que quedaba y en el que se amontonaban los tesoros que más habían resistido a los intentos de abandono durante el camino: la peccera rota, los faroles sucios y un montón de restos similares.

—«¡Cómo cambian las cosas!»— pensó: se le vino a la cabeza aquello de «mañana será otro día» y añadió: «Y nosotros seremos otros».

V. DE COMO ACABO TODO

A partir de este momento la historia de nuestro pueblo no está nada clara. Los distintos datos y numerosas versiones que se pueden recoger por la zona resultan contradictorios. Tampoco está nadie muy seguro de lo que se sabe: «Cuento que me han contado, dicen que no yo...» Tampoco es fácil encontrar a alguien que se brinde a contar qué hizo tras la marcha del anciano. De todas formas, e invitando al lector — que sin duda se verá favorecido con más fortuna que yo— a que intente reconstruir la historia y su final, me despido aportando los datos que pude recoger en diversas fuentes y otros detalles que a mi pobre mente se le antojaron significativos.

Está claro que el pueblo permaneció abandonado un mínimo de dos años, ninguna enfermedad, peste o guerra pudo haber provocado la partida en masa de sus vecinos que se ausentaron voluntariamente para cumplir alguna misión de carácter desconocido para los pueblos cercanos.

Actualmente existen descendientes de nuestros paisanos que recuerdan historias extrañas de lugares que conocieron sus padres o abuelos. Hay también quien no quiere recordar nada de aquello.

Muchos de los relatos recogidos coinciden en que la mayoría de los vecinos regresaron al pueblo e intentaron reorganizar sus vidas, sin embargo no les fue posible regresar al punto del que habían partido. «Casi todo —decían— les resultaba como nuevo, como si tuvieran que aprender otra vez a vivir, nada resultaba ser como antes». Para bien o para mal según los casos, ellos, el pueblo, sus costumbres aparecían muy distintos a como los veían antes. Hubo dos grandes corrientes: La de los que deseaban volver a los tiempos en que todo era «como debía ser» y que como fuente de inspiración ideológica usaban el famoso cuadro, bastante descolorido con los años; y la de los que o bien «porque de perdidos al río» o porque les había gustado el cambio, preferían olvidar el pasado (en el caso de los primeros) o disfrutar de la nueva situación y seguir desarrollándola.

También concuerdan la mayoría de los relatos al señalar un único y extraño vecino como el único que no resultó afectado por los acontecimientos y que siguió viviendo, inexplicablemente, tan extrañamente como siempre lo había hecho.

Asimismo existen versiones que tratan lo acontecido a muchos otros que no volvieron y que se dedicaron a seguir buscando el talismán el resto de sus vidas, o a viajar por conocer mundo, o que no regresaron por causas desconocidas.

Es de destacar el hecho de que la primera Facultad de Talismanología del país se fundó en uno de los lugares citados por la historia anteriormente relatada y que coincide con el escogido para celebrar el debate sobre la naturaleza del talismán.

Curiosamente fue por esta zona donde el partido republicano encontró más fieles y entusiastas militantes cuando la revolución de unos años más tarde.

Una nueva escuela de pintura surgió posteriormente y se caracterizaba por un intento de conciliar un profundo mundo de sueños y fantasías con un estricto ajuste de la verdad.

El primer pueblo en demostrar que se podía vivir sin sal verde esmeralda y en desarrollar sistemas de transporte para grandes mercancías fue también el nuestro. Igualmente destacaron en la elaboración de mapas y métodos de orientación.

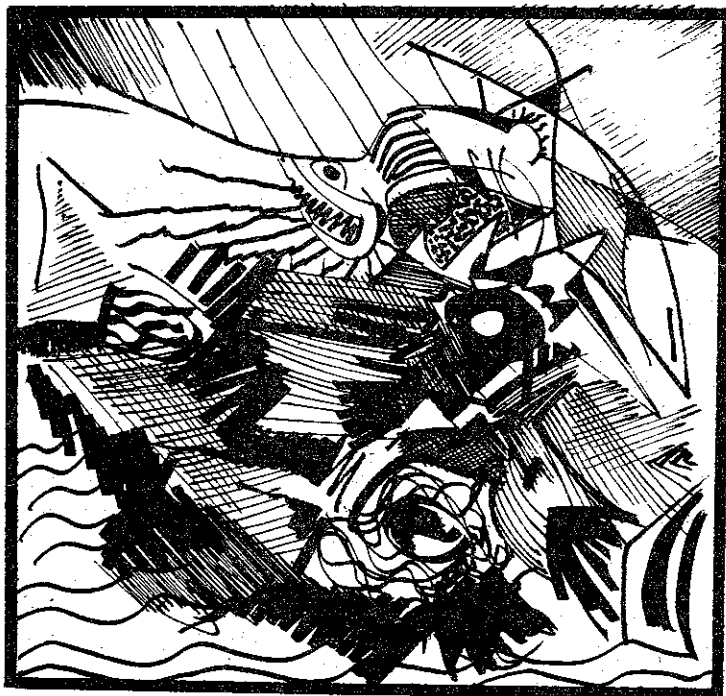
Otros demostraron únicamente que les gustaba vivir, vivir su vida en su lugar y su tiempo. Fueron inspiradores de numerosos sistemas filosóficos y religiosos de más allá del bosque.

La verdad, ni el sol era perfecto ni la luz se filtraba por entre los árboles. El pueblo seguía nuestro y lleno de vida pero no esperaba noticias sabidas porque se había vuelto imprevisible.

Alguien habría dicho: «Ni es igual ni es así».

Pero, con suerte, tal vez alguno le hubiese contestado:

«Claro que no es así. ¿Por qué tendría que serlo?».



Two handwritten signatures or initials are visible below the drawing.